

SEGUNDA PARTE.

INFAMIA.

I.

Cuando volví en mí, me parecieron tan anómalos todos los objetos y personas que hallé á mi derredor, que no supe darme cuenta de si era hijo del delirio, ó era real y verdadero aquello mismo que mis ojos veían.

Hice un supremo esfuerzo de imaginacion, y recorriendo mi memoria todos los trámites de aquella noche fatal, llegué al momento en que dí vista al Campo de San Francisco, sin que más allá pudiera descifrar nada mi débil cabeza, y casi sin saber yo misma si estaba muerta ó viva.

Cerré los ojos un instante, y oí una voz alegre y burlona que decía á mi lado:

—¿Qué es eso, Celestina; se le pasa la congoja á tu nueva educanda?

—Así parece, D. Pedro, contestó otra voz de mujer, áspera y desapacible; pero ésta no es educanda mia, como dice usted, sino una pobre

muchacha que me he encontrado en la calle medio muerta.

—Y que vas á hacer la caridad de recoger en tu casa ¿eh? le volvió á decir la voz que ya hablara anteriormente.

Y añadió:

—¡Pobre muchacha! ¿Es cierto que está enferma?

—Ya se vé que sí, contestó la voz de mujer; y ya que es usted medio médico, podía ver qué es lo que tiene.

—Con mucho gusto.

Y yo, que habia oido maquinalmente aquella para mí ininteligible conversacion, sentí una mano tibia y suave que se apoderó dulcemente de la mia.

Abrí asustada los ojos, y ví en pié junto á un sofá en que yo estaba reclinada, un jóven de rostro pálido é inteligente, que me observaba con profunda y meditativa atencion.

Al otro lado mio, y casi sosteniéndome en sus brazos, se hallaba una vieja de fisonomia resuelta y descarada, y cuya tez, de un moreno cobrizo, contrastaba notablemente con las blancas canas que cubrian su cabeza.

—¿Dónde has hallado á esta pobre niña? preguntó el jóven á la vieja con el mayor interés.

—Tendida en el suelo junto al Campo de San Francisco.

—¿Cuándo?

—Hará media hora. Vi que no estaba muerta ni herida, me dió lástima de ella, y me la traje á casa.

—Es extraño, Celestina, repuso el joven con su jovial acento, que á estas horas andes sola por la calle.

—¡Vaya una salida! saltó la vieja, acompañando estas palabras con otras llenas de obscenidad. Fui á acompañar á D. Victorino, que se muere de miedo cuando tiene que andar de noche por estos sitios. ¡Qué militar!

—Temerá tropezar con la ronda, repuso el joven. Despues añadió:

—¿Y el farol te ayudó á descubrirla?

—Ya lo creo. La noche está tan oscura, que hubiera pasado á su lado sin verla; pero el farol que llevaba para alumbrar al valenton de D. Victorino, me ayudó á descubrirla; y como me dió tanta lástima de la pobrecita, me la traje á casa para socorrerla.

—¿Y qué le has dado?

—Nada más que un sorbito de aguardiente.

—¡Calle! Pues no vuelvas á repetir la chanza, que seria pesada en el estado de estenuacion en que esta niña se encuentra.

—Y ¿qué hago con ella? porque ya que la he traído aquí, no quiero que se muera.

—Pues lo primero la acuestas en una cama bien caliente, y despues la das de hora en hora una cucharada de la pocion que voy á recetarle, dejándola reposar hasta mañana que vendré yo á verla lo más pronto que me sea posible.

—Bien, bien, no se me olvidará; escriba usted la receta, que yo iré á buscarla.

Escribióla efectivamente, y dándosela á la vieja, le dijo:

—Hasta mañana, Celestina, que yo, como no soy militar, ni quiero tu compañía ni tu farol.

Y se marchó añadiendo:

—Adios, Rosario.

—Buenas noches, D. Pedro, oí constestar á otra voz de mujer.

Miré al lado donde habia sonado, y ví sentada á un brasero una jóven de facciones bellas, aunque vulgares, en la que yo no habia reparado hasta entonces.

El estudiante al salir le pasó la mano por la cara con la mayor desenvoltura.

Me acostó la vieja, dándome la pocion que le habian prescrito, y mi desfallecido cuerpo y mi débil cabeza, incapaces de resistirse á nada y quebrantados por el dolor, cayeron en profundo y reparador letargo.

II.

De este mismo modo que dejo dicho, me hallé de repente yo, niña pura, yo, pobre huérfana abandonada, maldecida sin duda por Dios, y olvidada de los hombres, me hallé sumida en aquella horrible casa, abismo de corrupcion y desenfreno.

¿Y podré no maldecir á la infame mujer que me arrancó de la muerte para precipitarme en aquella odiosa caverna; donde la fatalidad, el destino, la desgracia, me llevaron á ser una de tantas infelices como en ella pululaban?...

¡Dios mio, yo la perdoné el dia que tú fuiste para mí misericordioso!

¿Cómo atreverme á describir aquel abismo de degradacion en que me hallé sumida de repente?

¿Cómo, sin morirme de dolor y de vergüenza, traer á la memoria el recuerdo del primer paso que me hicieron dar en aquella senda de ignominia?

¿Dónde estaba mi alma, Dios mio, la noche fatal que á aquella casa me llevaron, casi muerta de dolor, hambre y frio, y á merced del primero que quiso apoderarse de mí?

Si la postracion de mi cuerpo fué causa de que mi alma no pudiera arrancarse de aquel precipicio, ¿acusarás, Dios mio, á esta pobre alma de aquel involuntario consentimiento?

¿Por qué, haciendo si era preciso un milagro, no le diste valor y fuerza para arrancarse de aquel precipicio?

¿Por qué, Dios mio, no me dejaste morir antes que por mí pasara tal infamia?

Y ahora, degradada, manchada con una mancha indeleble, ¿podré hallar en todo el universo un solo sér capaz de comprender mi desgracia?

Han pasado seis años ¡seis años, Dios mio! y el recuerdo de la hora en que aun era pura, cándida, irreprochable, y el de aquella otra en que caí de golpe al más vergonzoso abismo de degradacion en que puede caer la mujer más criminal y miserable, tritura mi corazon, desgarrá mi alma, trastorna mis sentidos, y me hace renegar hasta de tu poder, Dios santo, que no me arrancó de aquel abismo.

Cuando repuesta ya de la postracion y la fiebre, hijas de mis sufrimientos, me dí cuenta á mí misma del sitio en que me hallaba, comprendí llena de horror que ningun medio tenia de salir de él, puesto que aquella mujer que me habia recogido y que esperaba á cada instante que fueran á reclamarme, ó yo la indicara dónde se habia de dirigir para que me sacaran de su casa, supo de mi boca, pues hube de satisfacer á sus reiteradas preguntas, supo, con un sentimiento de infernal alegría, que yo no tenia á nadie en el mundo, y que si ella no me hubiera recogido

me hubiera muerto, sin que sér alguno se acordara de mí.

Desde esta indispensable revelacion, que yo habia con insistencia retardado, y á la que ni una sola palabra añadí, aumentaron hácia mí las deferencias de aquella mujer, y principió á tratarme con la franqueza y cordialidad que se tiene con una persona allegada.

Yo no me atrevia á pensar qué harian de mí en aquella casa donde tantos horrores veia, y donde ni mi inocencia ni mi poca edad me pondrían á cubierto del peligro.

¿Y qué hacer?

Ya creo haber dicho que yo era supersticiosa, si no fatalista, y á la par que me desesperaba al recordar mi suicidio frustrado y que ya podia reposar tranquila en el seno de la eternidad, no me hubiera atrevido, aun cuando nada me lo impidiera, pues era constantemente vigilada; no me hubiera atrevido á intentarlo de nuevo, temiendo que el poder que la primera vez me arrancó á la muerte, me arrancara del mismo ó peor modo la segunda.

Mi suerte estaba echada, y hubo un momento tan horrible para mí, que casi sentí tentaciones de aceptarla, como un reto al mundo que me dejó sumir en la miseria, ó como una recriminacion á Dios que permitia aquella infamia.

Otras veces pensaba con espanto que yo habia muerto para el mundo, y aun para mí misma, y que al resucitar en aquella mansion de horrores, pertenecia en cuerpo y alma á los que de la muerte me arrancaron.

También pienso ahora con profunda tristeza que si el mundo, ese mundo que se dice tan ilustrado, no abrigara en su seno llagas tan gangrenosas, no tolerara infamias tan horribles, no permitiera que la mujer, esa dulce mitad del género humano, cayera en tal extremo de degradación, que de un sér puro, santo, respetable, que de una criatura humana hija de Dios y favorecida con sus dones, se trocara en una vil mercancía que cualquiera puede alcanzar por un infame precio; que si el mundo no tolerara tan vergonzosas monstruosidades, no tendría yo, pobre niña abandonada, que haberme visto arrastrada en el más inmundo fango.

Una tarde que me hallaba sola con la tía Celestina (hacia cosa de tres semanas que me hallaba en aquella casa), vino á sentarse junto á mí, que al lado del brasero me hallaba tristemente distraída en mirar cómo agitaba el viento las desnudas ramas de un rosal que había en una maceta puesta en el antepecho de la ventana, y mirándome con atención, me dijo:

—Muy callada estás, Solita.

Llamábanme así en aquella casa, porque yo, que había ocultado cuidadosamente mi nombre porque no fuera profanado por aquellas impuras bocas, me había hecho acreedora al de Solita, por mi empeño en aislarme, huyendo todo contacto con las gentes que lo habitaban; y yo me acostumbé á responder á él para mejor ocultar, ó más bien dicho olvidar, el mio verdadero.

—¿Qué quiere Vd. que diga? contesté yo, tem-

blando á la sola idea de que aquella mujer me dirigiera la palabra.

—No te abandones así á la tristeza hija mia, porque nada alcanzarás con eso, siguió diciendo Celestina, procurando dulcificar su áspero acento.

Los estudiantes de Salamanca habian dado el nombre de Celestina á aquella horrible mujer, en recuerdo de otra bruja que siglos atrás dicen que ejerció en esta ciudad el mismo infame oficio que ella ejercia, y á la que se asemejaba en malicia y perversidad.

—Tu eres jóven, bella y... modesta; siguió diciendo, al ver que yo no pronunciaba una palabra. Aquí todos te queremos bien, y si te empeñas, dentro de poco tiempo serás la reina de esta casa. Ya ves qué vida tan descansada y alegre pasan las muchachas que aqui habitan. Yo, aunque vieja, soy muy amante de la mocedad, y me gusta que se divierta.

Y viendo que sus palabras ni provocaban las mias, ni me sacaban de mi abatimiento, abandonando de repente su acento insinuante, me dijo con aspereza y dándome un fuerte codazo:

—Qué ¿no contestas?

A aquella brusca interpelacion, me cubrí el rostro con las manos, rompiendo á llorar amargamente.

Levantóse la vieja hecha una fúria, y vomitando por su boca las más espantosas blasfemias, me dijo:

—¿Qué es eso? ¿Crees que te voy á estar aqui manteniendo solo por tu linda cara?... Pues no

lo creas, hija mia, y piensa lo que haces porque lo pasarás mal.

Yo en tanto no sabia qué hacer de mí.

Comprendia que ni mis ruegos, ni mis lágrimas, ni mi soledad y abandono conmovieran á aquella mujer; ¡y como era una niña! como solo tenia quince años! apoderóse de mí sér un terror superior á todo encarecimiento, que sacudiendo mis miembros cual si estuvieran descoyuntados y entrechocando fuertemente mis dientes, trocó en ahogados y angustiosos sollozos mis suspiros y mis lágrimas.

La tía Celestina, compadecida sin duda de mí, me dió á beber un poco de agua, que apenas pude tragar, tal era la contraccion de mi garganta y el temblor de mis labios; mas viendo que mi terror y congoja iban en aumento, prevaliéndose de mi deplorable estado, me cogió entre sus brazos, pasando conmigo á otra habitacion que se hallaba completamente á oscuras, y dejándome y volviéndose á salir, cuando yo, casi loca de espanto quise incorporarme en el asiento donde me habia depositado, senti una mano ardiente que se apoderó de la mia, y un brazo, semejante á una tenaza de hierro, que se extendió en torno de mi cintura.

Yo dí un grito de angustia y horror, y perdí completamente el conocimiento.

III.

Así se consumó mi infamia.

De esta manera tan vil y traidora, yo, pobre y cándida niña, me vi despojada de mi pureza y virtud, llevando por siempre sobre mí la indeleble mancha de una involuntaria culpa...

Cuando volví en mi acuerdo, después de seis u ocho horas de mortal congoja, cuando me convencí de que mi desgracia estaba consumada, cuando se me reveló que ya jamás volvería á recobrar la virtud que tan vilmente me habían arrebatado, renegué de Dios, del mundo y de mí misma, y me dejé hundir sin resistencia en aquel asqueroso lodazal.

Por espacio de un año, no fui más que una máquina, un cuerpo inerte, entregado al desenfreno de los hombres, que iban á buscar el placer en aquel ántro de horrores.

Toda aquella corrupcion, todas aquellas monstruosidades de que era víctima mi pobre cuerpo, jamás llegaron á contaminar mi alma, siempre pura en medio de aquellas abominaciones, ni mi corazon y mis sentidos, que no tomaban en ellos la más mínima parte.

¿Cómo viví todo aquel año? ¿qué pensé? ¿qué sentí? es lo que yo no podría decir ahora.

Parecía que mi pobre alma, asustada de aquellos horrores, se había retirado de mi cuerpo, llevándose con ella mi sentimiento y mi razón.

Y por una contradicción inconcebible, por un extraño misterio de la humana naturaleza, á la par que mi imaginación, paralizada con aquel duro choque, parecía tender al alelamiento, desarrollábanse notablemente mis facultades físicas, embellecíanse mis facciones, redondeábanse los contornos de mi cuerpo, y sin que esto sea una jactancia, bien triste en verdad, si se atiende á mi miserable posición, podía yo rivalizar con las mujeres de más acabada hermosura.

Un año hacía, como dejo dicho, que vivía sujeta á aquella horrible mujer, cuando, no sé si cansada de aquella detestable esclavitud, no sé si con la esperanza de sustraerme á aquella vergonzosa existencia; no sé, en fin, si por oculto instinto, resolví abandonar el pasivo papel que hasta entonces me habían impuesto.

Quizá solo desde aquel punto principié á ser culpable.

Quizá desde el día que así pensé, añadí á la culpa de hecho la de consentimiento.

Quizá la inficionada atmósfera que respiraba fbase ya infiltrando en mi corazón y mis sentidos, tan puros hasta entonces.

Por un momento, hasta tuve la horrible idea, puesto que me hallaba joven, hermosa y degradada, de devolver al mundo el daño que me había hecho.

De vengarme en los hombres, á los que su corrupcion y desenfreno hacian mis esclavos; de vengarme de todos los tormentos, de todas las amarguras, de todas las degradaciones que aquella misma corrupcion me habia causado.

Mas es tal la rectitud ó indolencia de mi carácter, que jamás, puedo decirlo sin mentir, he causado voluntariamente el menor daño á otro.

La Celestina, que era la primera en proclamarme la reina de su casa, y que sabia demasiado bien lo mucho que valia yo á los ojos de los hombres que á ella concurrían, convino en cuanto yo quise, y me dejó arreglar mi existencia segun mi voluntad, si bien pagándole siempre aquel tributo de infamia, al que yo no me podia sustraer, y en el que no queria intervenir por un resto de triste susceptibilidad, pues aún me parecia rescatable mi degradacion, en tanto que yo no conviniera, ó interviniera completamente en ella.

¡Dios miol ¡y qué haya yo pasado por tales horrores!

¡Y que el mundo los tolere!

¡Y que no haya una mano bastante generosa, bastante fuerte para arrancar á tanta infeliz de ese vergonzoso abismo!

¡Ay! por una que en él yaciera por su propio gusto y por su misma corrupcion, se hallarian mil, á las que la miseria, el abandono, la falta de buenos principios, hubieran arrastrado á la infamia.

A veces, asustada yo misma de lo que voy diciendo, suspendo de repente el triste relato de

tan vergonzosos horrores que mi pobre pluma se resiste á describir; mas al recordar que me he impuesto como una penitencia, como un nuevo tormento, añadido á los que sufro, el de evocar uno por uno aquellos recuerdos tan terribles como dolorosos, sigo resignada la senda que me tracé al comenzar este trabajo, y ahogando la confusion y angustia de mi alma, prosigo mi desconsoladora historia.

Celestina, que como dejo dicho, nada sabia negarme, me permitió arreglar á mi gusto mi habitacion, mis trajes, mis labores, y hasta que los libros, esos dulces consoladores de las almas atribuladas, dieran algun solaz á mi atormentada vida.

Por este tiempo me acostumbé á llevar una especie de diario ó *memorandum* de aquellos hechos que más me sorprendian y de las reflexiones que me inspiraban; y como él describirá mejor que yo lo haria ahora aquellas época de mi vida, me voy á permitir extractar aquí todo aquello que crea digno de atencion.

RAFAEL LUNA.

MARÍA MAGDALENA.

(ESTUDIO SOCIAL.)

Francisco Pi y Suñer.
Abogado. MADRID

MADRID:

IMP. Y FUND. DE LA VIUDA É HIJOS DE J. A. GARCÍA,
calle de Campomanes, núm. 6.